

VILLANO PARA OTROS.

Nadie solía frecuentar la biblioteca de la universidad a altas horas de la madrugada, no. En otra situación, esa oscura soledad habría repellido al joven francés que se debatía entre la cordura y la demencia, inclinado sobre una larga mesa de ébano. Por suerte, ya no sentía nada.

O eso se había obligado a creer.

Los aullidos del viento acompañaban al susurro de la pluma sobre el papel, llorando a aquellos por los que nadie guardaría luto; suplicando por todas esas vidas inocentes. La lluvia borraba la sangre de las calles; la sangre que a él nunca le había importado, aquella que resbalaba como el agua que se filtraba por las goteras de la sala; aquella que saciaba más que el vino. Esa noche, las sombras de la biblioteca se enroscaban alrededor del joven, y los ventanales peleaban contra la tempestad; cada ráfaga era una muerte, cada trueno, un brutal alarido de victoria; uno que él estaba dispuesto a entonar.

En la asfixiante oscuridad de la noche, la tenue luz de una vela revelaba el frío rostro de Jacques. Sus ojos, que años atrás habían sido bellos y afables, estaban ahora desprovistos de emoción; el cobrizo cabello pegado al sudor de su frente. Su diestra manoteaba al compás de la tormenta, trazando preciosas letras que escondían un destino atroz para los enemigos; elegantes palabras que encerraban desgracia y aseguraban su tan ansiada venganza. Releyó la sentencia con cuidado; los tomos de los extintos fueron testigos de su cuento de fechorías.

Era el dolor, el rencor, el que dibujaba esa sonrisa en sus facciones cuando comenzó a redactar la primera lista. Casi le temblaba la mano de rabia al ajustarse la corbata desviciadamente; la ocasión merecía una mínima compostura, se recordó, aunque tarde. Exhaló un suspiro tembloroso, colmado de cruda satisfacción, y emprendió su tarea: "Su Majestad Luis XVI, Rey de Francia", copió lentamente. A él le seguían los demás condenados. No sintió pena; el rey siempre había sido, a sus ojos, pretencioso, inútil, cobarde, y su intento de huir jamás sería perdonado. Qué fines tan merecidos tras todas las muertes innecesarias; tras haberle quitado la vida a él. Pero eso no era el nombre que necesitaba sentenciar, no el único. La lluvia no interrumpía su batalla contra las ventaneras, intentando devolverlo a la realidad.

"María Antonieta de Austria", "Capitán Charles Drouot", "General Jean Pierre Lascix"; los estaba matando con su tinta, se había convertido en su verdugo silencioso, sin un ápice de humanidad en las estruendos. La delicada punta de su pluma, ahora una salvaje guillotina, no se detuvo. "Richard Mique", "Cécile Renault"; ninguno tenía importancia, solo quería ver a un hombre en ese papel. Al hombre que le había arrebatado el color a sus días. Aquel que le había robado el alma... Y era, desde hacía meses, era falta de vida la que forzaba su voluntad a continuar. El chico siguió transcribiendo todos y cada uno de los nombres que el Comité de Salvación Pública había considerado culpables en el juicio de aquella misma mañana; cualquiera lo había llamado héroe, no lo dudaba. Por supuesto que lo era, ¿quién, si no, honraba de tal modo a su familia, a su país? Héroe para muchos; villano para otros pocos, era el precio a pagar por tan arduo trabajo. No obstante, nadie lo había llamado loco.

Y eso fue lo que pasó cuando su risa, seca como el crujido de la madera, retumbó en la gran habitación; un joven que había perdido el juicio.

—Teniente François Léonard —páladeo despacio, disfrutando cada sílaba al apuntarlo mientras destrozaba, sin notarlo, un pedazo de pan duro con la mano libre. Echó la cabeza atrás, gozando el metálico sabor de la venganza.

Jacques d'Asfeld no había tenido una vida fácil. El sucio harapo que siempre había sujetado su tobillo, haciéndole las veces de venda, era prueba suficiente. Su familia nunca había tenido dinero para financiar un tratamiento eficaz tras su prematuro accidente a caballo; los barones eran económicos, pero él pensaba que lo hacían parecer más miserable de lo que su posición, como burgués, había permitido. Los jacobinos, afortunadamente, le habían ofrecido vendas y sujeciones más elegantes cuando aceptó sus condiciones; sus ropas eran ahora la envicia de París, pero su aspecto, ante tan jovial y atractivo, se había deteriorado junto con la vivacidad de su mirada. Las muchas damas que habían querido bailar con él en el pasado lo encontraban ya desagradable; quizá el dinero se había convertido en su nuevo fuerte, y se acercaban de igual manera, más no con el mismo propósito. Sin air, él nunca había sido muy hábil en el amor; era, más bien, un torpe de cara bonita, pero la única señorita que lograba hacerlo fantasear no parecía molesta por ello.

Tronó, y su tez palideció meros instantes después del intenso júbilo. Fue esa misma chica; el nombre de esa chica, el que hizo que se le cerrara la garganta al verlo sentenciado en el documento que tenía delante. Las migajas de pan se le escaparon de entre los dedos; fue como un puñetazo en el estómago que lo dejó sin aire en los pulmones. El asesino de su familia fue, inesperadamente, relegado a un segundo plano; creyó haber leído mal. Desvió la vista, mudo y aturcido, exigiendo una explicación a los libros que lo rodeaban; quería saber por qué Emilie debía morir, y la razón de su súbita angustia: hacía años que no veía a la joven, hacía años que no sentía nada... Tendría que limitarse a regocijarse imaginando la muerte de Léonard. Los tonos de cuero, sin embargo, no le respondieron; lo hizo su corazón.

En el día extremo de la ciudad, dormía ella, desconocedora de su agrio destino y cobijada bajo las sábanas. Un grueso tomo descansaba en la mesilla de noche, al lado de un recipiente de cristal con una hermosa rosa carmesí; regalo del mismísimo Sébastien Dubois. El político había acudido a su morada la semana anterior, proponiéndole matrimonio muy educada y apasionadamente. Para su desconcierto, sin embargo, su padre y ella consideraron apropiado negarse; no únicamente por la diferencia de edad, sino por la infame crueldad del hombre que se había convertido una vez en el arma de la Revolución. Emilie se había sentido halagada, pero sabía que su padre desconfiaba, en cierto modo, de aquel individuo, y jamás habría soportado ver a su única hija junto a él; además... Además, era posible que el recuerdo de otro hombre, pícaro e ingenioso, no la dejara imaginarse con el dirigente.

La última noche, por el contrario, le había costado conciliar el sueño. No había sido capaz de cesar sus cavilaciones sobre el asunto; ¿y si había hecho mal? La chica tenía constancia de que era, probablemente, demasiado inteligente para resultar atractiva a cualquier pretérito sensato, y hacía años que el joven que tanto parecía haberla amado, en cuyo pecho ella había encontrado refugio, no aparecía en el jardín traidero; empezaba a creer que la había olvidado tras haber llorado la muerte de su hermana escondido entre sus brazos, su icilio, secreto y rebosante de pasión, tan peligroso como delicioso, se había acabado tan repentinamente como una vez empezó. Ciertamente, no sabía si lo echaba de menos; nunca supo si lo deseaba a él o al sentimiento de ser amada, y la culpa que no quería sufrir no le permitía plantearse. Cuando se sentaba a leer, sola en su habitación, conhelaba observar a Jacques desde detrás de las páginas, con la camisa sucia por haberse arañado bajo el muro que cercaba la cara y aquella sonrisa sincera, echado sin cuidado sobre su cama.

Ese era el mejor momento de la semana para ambos; el señor Carraut se ausentaba en la universidad durante una hora, dispuesto a discutir cualquier tema de actualidad con sus allegados, mientras Jacques se lanzaba sobre el colchón de ella, disociando su dolorido tobillo y disfrutando la tranquilidad de la compañía de Émilie. Ella sabía que Charles Louis d'Asfeld era realmente duro con su primogénito; aunque Jacques se desquitaba por ocultarlo, no siempre podía esconderse bajo su encantadora máscara de galantea; y, además, dada su cercana amistad con la hermana de este, Émilie tenía constancia de su mala relación con su padre. La muchacha se sentía feliz de distraerlo con sus libros, y las sonrisas de él, por extraño que pareciera, habían tardado poco en provocar las de ella. Tomaban té, reían, leían e incluso bailaban, aprendiendo cada segundo y maldeciendo el traqueteo del carruaje del padre de Émilie al llegar a la entrada principal. Él aún recordaba cómo se iluminaban los ojos de ella cuando sonreía, y el simple pensamiento de que nunca pudieran volver a hacerlo lo dejó totalmente fuera de combate.

Así fue que, sin saber cómo había llegado allí, se encontró acovillado en un rincón de la biblioteca, contemplando la vela que se consumía en el escritorio y dibujaba sombras sobre el documento; se consumía en igual manera en que su decisión lo corría a él, a pesar de su gesto de indiferencia y su sosegado pulso. En algún momento, la tormenta se rindió, y debió quedarse dormido.

La mañana siguiente, Jacques atravesó las puertas del palacio de las Tulleñas con expresión cansada; el frío invernal acentuaba su cojera, y el calor del interior le dio una irónica bienvenida. No le agradaba aquel lugar; tampoco lo hacían las personas que en él trabajaban. Atravesó varios pasillos y, como era habitual, los antiguos amigos de su padre lo saludaron afectuosamente, como si el hombre jamás lo hubiera tildado de inútil y necio; como si ellos nunca lo hubieran tachado de nínico. Ni siquiera se esforzó en fingir que se alegraba de verlos; se limitó a caminar hasta el despacho de Dubois, cabizbajo. El político se le adelantó, petando un brazo sobre sus hombros y tomándolo por sorpresa.

—¿lo tiene? —Quiso saber, sin más preámbulos. El chico asintió, y se giró hacia Sébastien, que ya se había separado; un par de soldados lo flaqueaban. El hombre extendió la mano, exigiéndole el escrito. Jacques vaciló y se detuvo a medio camino, sin mirarlo a los ojos, llevándose el papel al pecho. Émilie no era la única que no debía estar en esa lista, no sentía tan cobarde, ella había suplicado por él, y, por otro lado, estaba seguro de que su

hermana jamás lo perdonaría, si el que estaba en Dios, a menos que abriera la boca. La culpa lo envolvió como una pesada soga. Temió que Dubois lo notara, así que carraspeó—. ¿Y bien?

—Señor —protestó, con voz ronca—, hay burgueses en la lista. Ha de... Ha de haber habido un error.

El hombre frente a él lo examinó con una mirada helada; caléndolo hasta los huesos, y en las comisuras de su boca batió la sombra de una sonrisa. Verdaderamente, no había esperado queja de un miserable cuya familia había sido asesinada a destajo en la Toma de la Bastille por el pelotón del teniente Léonard; le había dejado sentenciado a muerte, y él estaba protestando como un beato. Lo retiró la mano, impacientándose. Jacques no supo si lo estaba instando a decir algo más; a seguir hablando, pero se había quedado paralizado.

—¿Tiene usted algún problema, d'Asfeld?

Tragó saliva, estrujando el documento, y, tras unos segundos que parecieron colerle, negó lentamente con la cabeza. Apretó los dientes, y se obligó a intentarlo una vez más; por su hermana.

—Solo... Creo que conozco a... A alguien, y...

La forma en que los soldados tensaron su agame en las alabardas fue suficiente para silenciarlo; la sangre rugía, feroz, en sus oídos, y el ruido en su garganta le impidió respirar. Qué idiota había sido; no debió dejarse llevar por sus sentimientos hacia Émilie la noche anterior, no debería haber dicho nada; la diversión de su venganza había sido mucho más placentera. El revolucionario exhaló, complacido por el miedo que infundía, y se ciñó el chaleco, encarrando una ceja. Se inclinó peligrosamente hacia el chico, con los labios fruncidos de manera casi burlona.

—¿Está usted seguro de que la conoce? —Preguntó, como un halcón que estudia a su presa. A Jacques no le salían las palabras, y solo sostuvo su mirada con dureza. Su madre, sin duda, había estado muy equivocada al pensar que aquel hombre era un santo, y la desagradable idea de que quizá no estaba en el bando correcto atravesó su mente fugazmente. La descartó al momento, horroizado, pero se mantuvo estático. Dubois chequeó la lengua, aparentemente aburrido, poniendo los ojos en blanco—. Señor d'Asfeld, no sea necio. Su padre fue un gran camarada y, ciertamente, me dolería verlo a usted en el cadalso por no haber sido razonable —suspiró, como si se compadeciera de él—. Le estoy dando una oportunidad; no la pierda. Debe haberse equivocado, ¿no es así? Tengo la certeza de que la ha... Confundido con otra joven.

Jacques accedió al fin, y le ofreció la lista, con la mandíbula tensa; no había más cartas que jugar, la partida estaba perdida. Ninguna mueca surcó el rostro de Dubois cuando se percató de su intensidad, y simplemente tomó el sobre por un extremo, con un asentimiento que pretendía ser amistoso.

—Por supuesto —articuló Jacques, advirtiendo, de improviso, el error: estaba muerto en apenas unas horas—. La habré confundido, señor, discúlpeme.

Después de entregársela, sin más, salió del edificio. Se alejó, dobló una esquina, dos, tres, y, cuando decidió que estaba lo suficientemente lejos, echó a correr tan rápido como su tobillo le permitió.

En el palacio, Sébastien Dubois leía la interminable sentencia, recorriendo salos y pasillos acompañado por su guardia personal; el eco de sus pisadas y su profundo ceño fruncido animaban a cualquiera a apartarse de su camino. Terminada la lectura, se detuvo en seco, entredando los dedos en su frondosa peluca blanca; volvió a leerla de nuevo, se pellizcó el puente de la nariz, inhalando con permesa serenidad, y repitió la lectura una tercera vez. Parte de él quería pensar que se estaba equivocando, ya fuera porque era incapaz de asimilar que un ego como aquel pensara que podía burlarlo tan fácilmente, ya porque sería obligado a admitir que su elección había sido, en efecto, incorrecta, frente a todo el Comité; frente a toda esa gente que le había advertido escoger a un letrado más veterano y fiable para copiar la lista de condenados.

Él, contra todo pronóstico, había confiado en Jacques d'Asfeld para ello; un muchacho joven al que se le habían arrebatado todo no debería conservar ni una pizca de misericordia. La desafortunada y accidentada muerte de sus relativos durante la toma de la Bastilla debería haber sido suficiente incentivo para redactar esa lista con los ojos inyectados en sangre, sin detenerse a reflexionar sobre la moralidad del asunto; de esa forma, Dubois había podido observar placidamente la muerte de Emilie y su padre y, para cuando se demostrara la inocencia de ambos, sería el joven copista el acusado de incluirlos deliberadamente en el documento oficial. El político, claro estaba, no había contado con la relación de los antiguos amantes; tampoco lo había hecho al proponerle matrimonio a la chica, unión que podría haberle evitado aquella desgracia a ella y a Joseph Carrault; sin embargo, había sido un secreto salvavidas que los dos creyeron oportuno ignorar, lo que iba a costarle caro. Si Sébastien no podía arrancarle su única hija a ese detestable hombre, entonces lo haría la muerte.

O, según parecía, lo haría un descarado inválido; el nombre de Emilie no aparecía en la lista.

Rio ligeramente. Parecía que las garras del resentimiento no habían aferrado con la fuerza necesaria al hijo de quien una vez fue su gran amigo; el premio de sentenciar a François Léonard no debió ser suficiente. Se recoloró los puños de la camisa.

—Prendedlo.

Para cuando se hubo corrido la voz de que había un traidor en el corazón de la revolución, el joven ya estaba exhausto y su cabeza resultaba patética. Se veía obligado a detenerse cada pocos metros, pálido y sudoroso por el dolor, aunque ahora libre de su chaqueta, pañuelo y zapatos; hacía frío, pero había sido muy sencillo reconocerlo con ellos. Se había revuelto el pelo y ensuciado la camisa adrede, lanzándose sobre un montón de paja contiguo a una cama cualquiera, de forma que —si había suerte y no conocían su cara—, cuando los soldados lo apresaran, lo confundieran con un pueblerino corriente. Porque lo apresaran, no cabía duda; lo supo el mismo segundo en que Dubois dio por hecho que se refería a una dama burguesa cuando le expresó su queja: él nunca había mencionado que fuera una mujer. Se dejó caer en un callejón, oculto por una pila de cajas de madera abandonadas, y arrancó un pedazo de su camisa, atándole con fuerza sobre la venda del tobillo y esperando que calmara los pinchazos. Sería demarcada casualidad que el político hubiera hablado de otra; entre los que no mencionan morir, Emilie era la única chica. Si su juicio no se hubiera visto tan nublado por el rencor de todos aquellos años en soledad, probablemente aquel hombre lo repugnaría por haberla incluido intencionalmente... Habría alguna razón que desconocía, supuso, y podía ser que su falta de cordura le estuviera impidiendo verla.

No obstante, era él mismo quien había decidido hacerse el héroe, haciendo alarde de su estúpida impulsividad y arqueado por la falta de emoción en su vida. Sabía muy bien que el combustible de todo aquello había sido la necesidad de recuperar algo de humanidad; no por él, sino porque su hermana, tan buena e inocente, había odiado ver a su hermano mayor. Cerró los ojos, intentando calmar su respiración. Hacía años que no creía temer a la muerte, pero, en ese momento, con su gélido aliento en la nuca, estaba aterrizado; no tenía nada y, aun así, se había dado cuenta de que desaparecer lo asustaba, lo que, en cierto modo, lo hizo sentir vivo. Ya se había atado la soga al cuello; ahora tenía que conseguir deshacerse de ella. ¿Será tan difícil, dno? Al fin y al cabo, había visitado a Emilie a hurtadillas cientos de veces.

El joven estaba casi seguro de que la casa de la familia Carrault estaba cercada por soldados; prefirió creer que respetaban los derechos de un par de burgueses y los dejaron permanecer en su morada hasta la hora del horrendo espectáculo, de otro modo, no podía hacer nada para salvar a Emilie. Si Dubois quería ver muerta a la joven, la vigilancia, imaginaba, sería insartable por cualquier punto salvo el muro trasero; era demarcado esto como para evitarlo y los arboles del bosquecillo situado junto a él habían la tarea pesada, por lo que, aun habiendo recibido órdenes, la guardia no se apostaría ahí. El único lugar por el que podía sacar a la chica era, suponiendo que no lo hubieran tapado, el antiguo agujero entre las piedras de la tapia que Jacques tantas ocasiones había utilizado antes. ¿Y después? Después, ¿qué? El bosque era muy pequeño como para ocultarse allí, en el hipotético caso de que lograra llegar hasta ella, y las calles eran tan amplias en ese lugar de París que no encontrarían escondite alguno. Nunca nadie había sospechado de un abogado que paseaba por ahí; los torneos cambiaban si los que lo veían eran del ejército y no tenía cobertura. ¿Y si la encontraba? ¿Huirían? ¿Dónde? ¿Cómo...?

Tomó una gran bocanada de aire, masajándose los sienes. Tranquilízate, se dijo, tranquilízate. No negaba que fuera, de vez en cuando, imprudente y vehemente, pero no era tan inútil como su padre le había intentado hacer creer. Sabía pensar; se le daba bien pensar, maldita fuera, el nerviosismo se lo estaba impidiendo. Todo le parecía excesivamente frenético; los latidos de su corazón, sus jadeos, la forma en que descartaba ideas, una tras otra. Se estaba desesperando, la voz de su padre lo acosaba sin piedad; deja de intentarlo, hijo. Eres una deshonra. Debería desheredarte. Finalmente, lo había hecho, sí. Él nunca supo por qué lo odiaba tanto, siempre se había esforzado por complacerlo.

La realidad era que el señor d'Asfeld previó en su hijo otro fracaso como el mismo había sido, casado con una mujer a la que no amaba y con un oficio que aborrecía, tan pronto como observó su conformismo. El chico era feliz en sus escasos libros, con su poca comida, con una familia triste. No lo soportaba, no quería que se resignara con las sobras, quería darle algo más a sus tres niños; había orientado su frustración por los desmesurados impuestos hacia él. Cuando sucedió aquel incidente a caballo, su trato con el chico empeoró; tenía la certeza de que se volvía dependiente y de que nadie lo tomaría en serio y, poco a poco, él también dejó de hacerlo. Jacques nunca le dejó ver que le hacía daño, pero tal desprecio lo había destruido por dentro. Las matemáticas no son para ti, chico. Prueba algo más fácil y puede que incluso lo consigas. Emilie y su hermana jamás le habían dicho nada semejante, y, a pesar de ello, él se lo creía. Se lo había creído absolutamente todo. Una vez, Charles había sido bueno con él. Apenas recordaba esos días. Aún lo veía reclinado sobre la mesa, leyendo el periódico de Morat, derrochando el poco dinero que tenían en plumas y tinteros. Ríndete, niño. Esa mujer

está jugando contigo.

Cerró los puños con fuerza, arañándose las palmas, y quiso eclipsarlo todo. ¡No podía ser tan complicado! Un plan, solo necesitaba un plan. Conocía los callejones y lugares oscuros de la ciudad tan bien como un ladrón, solo por las veces que los había utilizado para huir del mismo hombre que ahora lo atormentaba. Debe haber alguna alternativa...

¡Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba ahí, tirado en el suelo. No pierdas el tiempo tratando de ser lo que no eres, Jacques.

— Cállate — le rogó, susurrando, al viento; una lágrima silenciosa se deslizó por su mejilla —, cállate.

Un crujido lo sacó de su ensañación, y su mano tentó la caja hasta dar con una botella vacía que podía romper para defenderse. Dejó de respirar, suponiendo que lo habían atrapado, y se asomó un instante desde su escondite; su cabello centelleó con la última luz del ocaso, sus fieros ojos escudriñaron el lugar. No, no eran soldados. Era su solución.

Desafortunadamente, sí que había una excita aguardando en la puerta de la vivienda de Joseph Carrault. Émilie observaba desde la ventana, perpleja, cómo su padre parecía discutir acaloradamente con un hombre que no hacía más que mostrarle un papel amarillento a modo de respuesta. Rezagaba con la cabeza y hacía aspavientos; nunca lo había visto tan alterado desde la enfermedad de su madre, y se preocupó. Cuando aquella gente había llegado, ella había supuesto que necesitaban a su padre para algo relativo a la Universidad de París y, como profesor que era, lo conducirían personalmente hasta ella, en vista de los disturbios que se habían sucedido los últimos años. Las calles ya no eran un lugar seguro; no cuando todos estaban en el punto de mira y el miedo era un poderoso detonante de la rabia hacia los más desafortunados. El hombre, en cambio, parecía afectado en gran medida; no era para menos, y, una vez asumida su incapacidad ante tal exacerbada injusticia, estalló en insultos venenosos hacia Dubois. Aunque el político no se encontraba allí, sabía que esa trampa había sido obra suya: desde que le arrebató el puesto de cónsul, Sébastien había seguido envidia y desprecio por cada poro de su ser; un don nadie se había probado más influyente y sabio que él, dejándolo en evidencia ante toda la comunidad ilustrada.

Lo peor llegó cuando se hubo calmado, impotente, y ofreció los monos para que lo adoran. El cabecilla del grupo señaló de nuevo al papel e hizo un ademán hacia el ventanal tras el que estaba ella; Joseph lo comprendió todo de sopetón. Émilie también tenía justificada la bode. Esa había sido su oportunidad de evitar aquello, la joven tuvo el tiempo justo de ver el puño de su padre estrellándose contra la barbilla de aquel hombre y tirándolo al suelo antes de cerrar las cortinas, aún escuchando gritos: "escoria", "perro", "cobarde" fueron algunas palabras que captó antes de taparse los oídos. Subió corriendo a su habitación, encerrándose y rezando por que su padre no cometiera más estupideces; no entendía lo que pasaba, pero estaba claro que agredir a un oficial no solucionaría nada. Estaba sencillamente asustada y confusa: ¿por qué querían a su padre? ¿Qué había hecho él, que llamaba ahora a su puerta, con ojos vidriosos y nariz ensangrentada? En cuanto lo recibió y él la apretó entre sus brazos, no hicieron falta muchas palabras para que lo comprendiera; las escuetas instrucciones que le dio se le escapaban, no era capaz de centrarse. Todo se había emborronado. Todo se había acabado sin siquiera empezar.

¿O... no?

— Si se va de aquí — amenazó un angustiado Jacques, con un pedazo de cristal punzante entre los

dedos, al pobre campesino que había encontrado conduciendo una carroza y al que habían obligado a llevarlo hasta allí —, le juró que sería yo mismo quien le corte la cabeza — el señor afortunado, aferrando las riendas del caballo.

Estaba a apenas dos calles de la casa de Émilie, y ya escuchaba el alboroto que se había formado en las viviendas antiguas. Bien, eso distraería a los guardianes, y le hizo intuir que se encontraban, como había previsto, en la parte de la derecha. Con la Luna como único testigo, se introdujo en el pequeño bosque, donde la tierra silenciaba sus pisadas y los pinos lo ocultaban, y no perdió ni un instante en buscar el hueco de la topia. Seguía tal como lo había dejado la última vez que la visitó, a escondidas de su padre, del mundo. El recuerdo del dolor por la pérdida de su hermana que lo había acompañado era ocasión lo atravesó como una flecha, pero lo apartó; el sufrimiento por la muerte de su amada confidente sería igual de desgarrador si no se daba prisa. Se arrojó como antaño, confiando en que la mala fortuna que siempre lo había perseguido le dejara respirar por un día; si había soldados dentro de la propiedad, podía darse por muerto. En el patio traidero, no le costó dar con los huecos en la pared de piedra que siempre le habían servido de camino para llegar al paraíso de los brazos de Émilie; escaló los pocos metros hasta su ventana, no sin dificultades, puesto que su cristal le había hecho un feo corte en la palma. Al menos, el ser de recultas en el lateral de la casa estaban tan inmersos en su partida de cartas que, entre la oscuridad y el aburrimiento, no se fijaron en él.

La ventana estaba cerrada; la golpeó desesperadamente, sobresaltando a la chica, que, en un principio, no lo reconoció. Cuando lo hizo, una calidez que no sabía que podía sentir inundó su pecho. ¿Venía a por ella? Lo dejó entrar rápidamente, atrapándolo en un abrazo tembloroso; luego lo besó. Él, secretamente, se sorprendió al no saber qué sentir; lo atribuyó a la adrenalina del momento, y la abrió. La sostuvo demasiado fuerte por los brazos, manchándose de sangre. Luego, rasgó las faldas de su vestido y escogió un abrigo cualquiera para disimular su figura.

— Recógete el pelo, los zapatos, fuera. Hay que irse — susurró furiosamente; la empujó hacia la ventana, lanzando miradas furiosas a la puerta como si todo el ejército fuera a entrar por ahí —. Hay que irse, vamos.

— Mi padre, Jacques — respondió Émilie, desesperadamente —. Está abajo. Me ha dicho todo lo de la huida por el Sena. Lo sabía, sabía que iban a huir por ahí desde antes de que nos condenaran, ¡tenemos que esperar! ¡No puedo dejarlo!

¿Huir por el Sena? ¿Quién iba a escapar por el Sena? ¿Otros condenados? Un alivio exorbitante lo recorrió; ya tenía una ruta de escape. El plan, hasta el momento, se había desarrollado mucho mejor de lo esperado y, siendo sincero, todavía no creía haber llegado vivo hasta su habitación; había pensado que ya se le ocurriría hacia dónde guiar la carroza cuando estuviera en ella, y ese lugar se le había presentado solito.

— Por supuesto, por supuesto — mintió; ya había tiempo para entigarse por ello —, es parte del plan. Joseph está distraído a los lunáticos; luego vendrá a por él. No hay tiempo, ¡lamos! ¡Haz lo que te digo!

Ella, indecisa, optó por confiar en él, se cubrió con el abrigo y deslizo el camino que Jacques había hecho momentos antes por la pared de piedra. Él la siguió en silencio; conocía los puntos de agarre tan bien como la palma de su mano. Corrieron a la par, hasta llegar a la

carroza, que los esperaba escondida entre los árboles, y se lanzaron al interior, respirando pesadamente. Jacques le dio al campesino la exacta instrucción de que los llevara al punto más cercano del seno; ahí, improvisaría. En el preciso instante en que el traqueteo del vehículo comenzó, Emilie se detendió; el hecho de que su padre no estaba ahí la inquietaba, pero Jacques volvió a por él; se lo había prometido. Sus ojos no eran los mismos, ahora estaban vacíos, y no la miraban de la misma manera, aunque no le importó. Se lanzó sobre él, y él la atrapó, acariciándole el pelo. La quieres, quiso convencerse, vamos, Jacques, la quieres. Oía tan bien como recordaba; por un momento, ambos guardaron silencio y pareció ser un encuentro cualquiera, de los tantos que habían compartido. Emilie se dio cuenta de que, efectivamente, lo amaba, y se permitió llorar en su regazo; la situación la superaba, y a él le agradó saber considerarla con gentileza.

Así, juntos, a los dos jóvenes se les pasó lo mismo por la cabeza; si todo aquello terminaba, era posible que finalmente pudieran casarse, quizá en otra nación, y el apellido de él se convertiría en el de ella, como tantas veces habían fantaseado. La razón, sin embargo, era muy distinta para cada uno; mientras ella imaginaba que su padre no podría volver a negarse a darle su mano a Jacques tras su heroico acto, él pensaba que, sin el señor Carrault, nadie le daría que no tenía el dinero necesario para depositarlo de nuevo. Al muchacho le entusiasmó la idea; sentir cabeza lo ayudaría a salir de aquel trance delirante en el que llevaba años. Pero ella se sintió culpable; él se merecía una disculpa que llevaba demasiado tiempo enterrada. Sollozó. E hizo lo peor que podría haber hecho.

- Jacques - le agarró la camisa y lo miró a la cara; había cambiado, al fin y al cabo, habían pasado casi cinco años, sabía que también lo había hecho por dentro, y que ella podría haberlo evitado; el chico había quedado a su hermana con la cara, y ella... - , yo... Perdóname, no supe... No supe cómo...

- Está bien, está bien - le aseguró; se sentía humano, por primera vez en mucho tiempo - , no pasa nada.

Para su desgracia, no duró demasiado. Nada bueno duraba demasiado.

- No, yo... La Toma de la Bastilla, mi padre - Jacques se quedó helado - ... Lo... Lo habían hablado en la universidad, estaba planeado y... Yo... Debería haberte avisado... No tuve tiempo de decírtelo, ¡lo siento tanto, Jacques! Podría...

Sus uñas se hundieron en el antebrazo de ella, sin darse él cuenta. Había olvidado por qué estaba ahí, había dejado de respirar. Los ruidos resguajados de su corazón, de los que Emilie había sido el único sustrato, volvieron a separarse dolorosamente. Ella lo estudió, con las mejillas inundadas de lágrimas; los bellos ojos de Jacques estaban muy alertas, sin mirar a ningún punto en concreto. Él no era capaz de dejar de temblar; de ira, de frío, de dolor, era como si lo hubieran herido físicamente, como si hubieran terminado de retorcer el puñal que llevaba tanto tiempo clavado en su alma. Sobre él estaba lo que podría haber sido la llave para salvar a su familia; ella había sabido que tomarían la Bastilla, y jamás le advirtió que no pasearan por la zona. ¿Cómo se atrevía a decir que no había tenido tiempo? Le había estado regalando, con especial entrega, sus atenciones la tarde anterior a la revuelta; le había leído poemas, había admirado cómo se le encendía el rostro al oírlos. Por un momento, se dio miedo a sí mismo.

Luego; nada.

—Está bien —repitió muy bajito, más para sí mismo que para ella. Le acarició la cara, dejando una huella carmesí—, no para nada. No para nada.

No parecía nada.

Se acomodó fuera un momento, dándole varias nuevas instrucciones al conductor; el resto de la travesía estuvo marcado por un tranquilo silencio. Él sostenía la mano de ella y mantenía los ojos cerrados, empezando a escuchar voces en el exterior. Émilie se aferraba a él, ¡lo habían logrado! Ya se escuchaba a la gente que, como ellos, huía y, cuando la carroza se detuvo, no podía esperar a salir y construir su nueva vida con el hombre sentado a su lado. Rió cuando Jacques se levantó para abrir la portezuela de madera, enormemente agradecida. Eran libres.

En las escaleras del palacio de las Tullerías, Dubois y varios de sus hombres no se explicaban qué cabida tenía un carruaje tirado por un solo caballo y dirigido por un campesino decaído frente a ellos. Su estupor fue aún mayor cuando Jacques d'Asfeld se dejó ver, bajando con elegancia del coche, sucio, ensangrentado, desarreglado, y con los ojos vacíos; detrás, como un ratoncillo asustado, estaba Émilie Carrault. El joven le abrió la puerta caballerosamente, invitándola a caminar hacia su lecho de muerte. Volteó el rostro; las sombras adornaron su perfil afilado.

—Lo siento tanto, Émilie —pronunció, sin emoción, imitando las palabras de ella—. No tuve... tiempo de decirlo.

Sébastien estaba incrédulo, y sonrió con crueldad, acercándose; Émilie prorumpió en un llanto silencioso.

Héroe para muchos; Dubois lo zarandeó suavemente, felicitándolo.

Villano para otros; los hombres del político arrastraron a la chica fuera de la carroza.

Jacques se deshizo de aquel hombre, y desapareció en la oscuridad de la noche; roto, vivo sin vivir, solo.

Pero nadie lo había llamado loco.